



El fin de la historia: de la jubilación a la “emeritez”

Emilio de Diego García¹

Resumen. En el último cuarto de siglo asistimos a una ofensiva que trata de lograr el, tan repetido, “fin de la historia” mediante su destrucción sistemática desde la negación de la sistematicidad. Por este camino se intenta negar la posibilidad del conocimiento histórico; acabar con el discurso historiográfico y apuntar un ámbito espacio-temporal inabordable en parámetros históricos. Este artículo repasa estas formulaciones y examina algunas posibles soluciones.

Palabras clave: Historia; Historiografía; Postmodernismo; Memoria histórica.

[en] The End of History: from Retirement to “Emerity”

Abstract. In the last twenty five years we are witnessing an offensive trying to achieve a certain “end of history” through their systematic destruction from the denial of the systematic. By this way it will be tried to deny the possibility of historical knowledge as well as terminate the historiographical discourse and aiming a spatiotemporal unapproachable area in historical parameters. This article reviews these formulations and examines some possible solutions.

Keywords: History; Historiography; Postmodernism; Historical memory.

Sumario. 1. Introducción. 2. La muerte del actor. 3. La destrucción del escenario. 4. El fin del guion. 5. La reacción de los historiadores. 6. A los que se jubilan “eméritamente”.

Cómo citar: de Diego García, E. (2016): El fin de la historia: de la jubilación a la “emeritez”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 38. Núm. Esp. 57-64.

¹ Departamento de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid (España)
edediego@ghis.ucm.es

1. Introducción

Con la primera parte del enunciado en el que centraré estas pocas páginas, no pretendo sumarme al amplio conjunto de apóstoles del historicidio que, con diverso pelaje y motivos, llevan varias décadas empeñados en dejarnos a los historiadores en el “paro”. Tampoco a que, en el reducto personal, el calendario, la naturaleza y, sobre todo, la burocracia nos lleven al cese de operaciones antes de lo que quisiéramos, o de forma distinta a la que nos gustaría; aunque se permita cierta prolongación de la actividad, no sé si muy honorífica, pero escasamente lucrativa. Cuando hablo de “el fin de la historia” me refiero a la amenaza que supone, para el conocimiento operativo del pasado, el horizonte al que nos asomamos.

La historia ha ido superando, a duras penas, las sentencias de muerte dictadas desde la ideología, combinada con el utilitarismo miope y la resignación. Igualmente, no sin dolor de algunos, ha burlado otros finalismos deterministas de carácter liberticida. Pero en el último cuarto de siglo, especialmente, asistimos a una ofensiva que trata de lograr el, tan repetido, “fin de la historia” mediante su destrucción sistemática; curiosamente desde la negación de la sistematicidad. Protagonistas, escenario y guión, de esa obra que llamamos historia, han sufrido una serie de tremendos embates, en busca de su liquidación. Por este camino se intenta negar la posibilidad del conocimiento histórico; acabar con el discurso historiográfico y apuntar un ámbito espacio-temporal inabordable en parámetros históricos. Todo ello aderezado con la supuesta afuncionalidad, y por tanto, inutilidad de la historia.

¡Qué lejos queda el discurso de Ortega en el Centro de Estudios Históricos, en junio de 1932, cuando proclamaba “Para esto nos sirve la historia, para libertarnos de lo que fue, el pasado es un *‘revenant’* y si no se le domina ... él vuelve siempre contra nosotros y acaba por estrangularnos”. (J. Ortega Y Gasset, *Obras completas*, 2006). Entre nosotros no faltan quienes han elegido la estrangulación permanente, pero para otros la opción es negar el pasado y la posibilidad de comprenderlo. O sea “no hay problema por resolver, simplemente no hay problema”. ¡Excelsa e irrefutable conclusión!

Como he escrito en algún lugar más, estoy convencido de que esa insistencia en acabar con la historia y la desconfianza, o peor todavía la resignación de quienes aceptan ser privados de la posibilidad de conocerse, y de reconocerse, es uno de los mayores problemas de nuestros días. Porque las propuestas de demolición de las referencias del pasado conducen a una drástica reducción de las potencialidades del ser humano, individual y colectivamente. Así, la negación de la capacidad de pensar-nos en el tiempo, implica, si bien se mira, la imposibilidad de pensar, pues nos priva de la radical dimensión humana de la historia. Pero por otro lado también, en algún sentido, de la trascendencia hacia lo sobrenatural; porque como escribía Heidegger, “la divinidad se encuentra más cerca del pensar que del creer” (Heidegger, M., *Experiencias del pensar 1910-1976*, 2014).

Habríamos de admitir que, a pesar de todo, en esta bisagra profesional de nuestro propio tiempo, la historia (en cuantas acepciones y dimensiones se quiera) vive peligrosamente. No conviene olvidar (ni tildar apresuradamente de utilitarista) la idea de que cualquier producto humano, circunstancialmente útil o inútil, termina legitimándose por su función; o lo que de algún modo sería lo mismo, su necesidad. Acabamos de referirnos a Ortega, pero los testimonios en este sentido serían incontestables, y la propia consideración social e institucional hasta hace unas déca-

das, así lo refleja. Pero ya, en 1978, Gumbrecht advertía que la historiografía, en la modernidad, mantuvo unas funciones pedagógicas que ahora se hacen imposibles y escasamente deseadas”.

Convengamos en que esta declaración de fe postmodernista no se ha cumplido en su totalidad. Empezando por cuanto toca a las funciones pedagógicas, que no se hacen imposibles absolutamente pero que, acaso por razones diferentes a las que el mencionado autor quisiera referirse, si presentan enormes dificultades. Algo semejante podríamos apreciar en lo concerniente al muy reducido deseo de tales funciones pedagógicas, tanto si entendemos este sentimiento como falta de exigencia de la sociedad, o por el carácter desdeñable o incluso “peligroso”, de las mismas. Pero, curiosamente, en casi todos los ámbitos seguimos encontrando manifestaciones que resaltan, directa o indirectamente, la necesidad social del conocimiento del pasado. Por ejemplo, Thomas Piketty, uno de los economistas más en boga en nuestros días (R. Piketty, *El capitalismo del siglo XXI*, 2013, denuncia que “hay una amnesia histórica verdaderamente grave”. Pero lo peor, advierte es “la ignorancia histórica de nuestros dirigentes ... algo que consterna en absoluto”. Una declaración que, infortunadamente, despierta un asentimiento general.

Repasemos, de manera sucinta, algunos de los aspectos de la estrategia “deconstructiva de la historia” que, en cierta medida, nos ha llevado a esta situación y amenaza con efectos más perversos. Veamos:

2. La muerte del actor

El fin de la historia significa, y necesita, el fin del ser humano. No es extraño que en los planteamientos “postistas” empiece a fundamentarse un sujeto “posthumano”, o “transhumano”. Sloterdijk, desde los años finales del siglo pasado, pedía en *Normas para el parque humano*, una revisión genético-técnica de la humanidad y, en parecida dirección, ya en 1998, se creó la *World Transhumanist Association* y, un año después, se produjo la Declaración Transhumanista. Por otro camino a la destrucción del ser humano se llegaría a través de la ingeniería genética y social; basada esta última en una especie de “piratización” del cerebro utilizando los medios de comunicación y el modelo educativo (L. Cerise, *Gouverner par le chaos*, 2010). A la vez que la eliminación del hombre, tal y como ha sido hasta ahora, por reducción de su opción de conocimiento al ámbito de las experiencias subjetivas, se intenta reprogramando a través de un “animalismo”, que arranca de la consideración de los animales en pie de igualdad con los humanos (aspectos jurídicos, asistenciales, ... etc.) o incluso con superior atención a aquellos en no pocos casos. En ese sentido, el veganismo radical, entre otros movimientos, más allá de una dieta o moda alimenticia, constituye un fenómeno muy significativo. Todo ello sin olvidar que la robotización está dando ya sus primeros pasos en el desarrollo de su particular status jurídico.

Lo cierto es que el hombre que era el centro del sistema, en la modernidad, puede ser expulsado de él y sustituido por una robótica imparable. Una perspectiva que empieza a colocarse a este lado de la frontera de lo que denominamos ciencia-ficción. Como epílogo nos instalaríamos en el caos, con la nada como entorno.

El rechazo de la ética y la quiebra de las lógicas universales con el subsiguiente auge del relativismo (ni regla, ni ley, ni valor extracontextual), sirven de soporte, en un primer paso, para el debilitamiento a la negación del conocimiento histórico (S.

Fish, *Doing what comes naturally* -1989-). Un proceso que culminaría con la afirmación de Rorty, según la cual, la realidad es inabordable y, que en una más de sus sentencias absolutas, afirmaba: “nunca ha habido y nunca habrá nada”.

En resumen no habría conocimiento histórico, en primer lugar, porque el sujeto cognoscente carece de facultades para conocer lo que, por otra parte, se niega que existe. No obstante, en paralelo con el relativismo, se mantuvo una concepción “realista” del tiempo fuere cualquiera la “realidad” con ella tratada, incluida la histórica. Una teoría “neocausal”, con todas sus limitaciones y especificidades, de la mano, entre otros, de Lachelas, Carnap, Reichenbach, Mahlberg... etc. Una fuente sobre la que convendría alguna consideración.

3. La destrucción del escenario

El espacio-tiempo sería la estructura matriz de toda realidad, o lo que vendría a ser prácticamente lo mismo, tiempo y espacio fundamentan los procesos reales. En consecuencia el escenario del acontecer, protagonizado por el ser humano, sobre el que se proyectaría el conocimiento histórico. La eliminación de ese ámbito, al igual que la del propio protagonista, acabaría con la posibilidad de hacer historia. Este ha venido siendo, por tanto, el segundo frente de los “historicistas”; algo que determinados avances técnicos han podido “facilitar” comprimiendo el tiempo y uniformizando el espacio. Veamos.

Fundamento esencial de la historicidad y factor dinamizador del acontecer, el tiempo ha motivado un sinfín de esfuerzos teóricos sobre sí mismo, además de ser objeto de una percepción y una medida muy diferentes a lo largo de la historia (G.J. Whitrow, *Time in History. The evolution of general awareness of time and temporal perception*, 1988). Un itinerario que podríamos seguir desde los clásicos: Platón, Aristóteles, los estoicos, Plotino, Cicerón (que concebía el tiempo como un fragmento de la eternidad) a San Agustín y de Leibnitz a Newton. El primero de estos dos últimos defendería en su *Monadología* (1714) la idea “relacionista del tiempo, como el orden de existencia de las cosas que no son simultáneas”; en tanto (que) “en el espacio se producen las coexistencias”. El segundo definió “el tiempo absoluto, verdadero y matemático, por sí mismo y por su propia naturaleza fluyendo uniformemente” y “el tiempo relativo, aparente y común como una medida sensible y externa... de la duración por medio del movimiento”. Pero las teorías al respecto no acabarían ahí. El tiempo ocupa un lugar central igualmente en el pensamiento kantiano. Como intuición “a priori”, no es ni real, ni arbitrario, ni subjetivo, ni convencional. Y algo que queremos resaltar, para Kant pensar requiere siempre el tiempo.

Los extremos del tiempo serían pues, el tiempo eterno e invariable, que correspondería al concepto de tiempo como realidad en sí mismo, y por tanto absoluto; y el presente insuperable. Ambos cierran el campo de la historia que corresponde al carácter referencial del tiempo con el acontecer diacrónico. Las cosas cambian en relación con el tiempo, marco en el que, por tanto, se inscribe la historia, aunque sea con velocidad muy diferente según las épocas. El carácter referencial del tiempo supone uno de los factores específicos de la historicidad y de la propia historia como saber. En última instancia vivir es dar sentido a la existencia y ello exige la posibilidad de orientación.

A partir de finales del siglo XIX y durante más de tres décadas, la noción del tiempo, “el temporalismo”, ocuparía el lugar primordial en varias corrientes filosóficas. Dilthey (el tiempo como historia); Bergson (distinción entre tiempo verdadero y falso); Husserl (la vivencia real es temporalidad); Simmel (el horizonte del ser en el tiempo); Heidegger (el Dasein auténtico temporalizado en la historia). Un rosario de nombres y propuestas que continuaría con Neuhaüsler (el tiempo como inquietud del ser); McTaggart (la incompatibilidad pasado/presente y futuro), etc. Pero al margen de la filosofía, la psicología, la historia ... y más allá de la percepción subjetiva, una de las modificaciones más trascendentales del concepto tiempo se produjo desde el ámbito de la física y las matemáticas, en la primera década del pasado siglo.

Los conceptos newtonianos habían permanecido vigentes hasta principios del Novecientos. Pero los trabajos de Hilbert, Lorentz y Poincaré, y la publicación por Einstein de la teoría de la relatividad especial, en 1905, abrieron una nueva etapa. En su discurso de inauguración de la 80ª reunión de la asamblea general de científicos, naturales y físicos, celebrada en Alemania el 21 de septiembre de 1908, Minkowski enunciaba el postulado que arrumbaba la precedente percepción secular del tiempo y del espacio. Ambos, por separado –decía– “están destinados a desvanecerse entre las sombras y tan solo una unión de ambos puede representar la realidad”. Nacía así un nuevo concepto: el cronotopo, con el tiempo como la cuarta dimensión del espacio.

A partir de entonces, durante el último siglo, los avances en el campo de la física han ido añadiendo nuevas dimensiones al tiempo hasta llegar a nuestros días. El tiempo físico; “macrofísico” (megafísica o astrofísica), desde las posibilidades de observación tan ampliadas por los nuevos instrumentos y teorías (S. Hawking, *Historia del tiempo: del Big Bang a los agujeros negros*, 1988 y *Brevísima historia del tiempo*, 2006); o microfísico, de los procesos intranucleares, con los avances técnicos que permiten apreciar hasta 24.000 millones de vibraciones por segundo, nos plantean la disyuntiva entre el tiempo “regular” y “continuo” y el “discontinuo”, “granular” e “irregular”. También Heisenberg, en uno de sus principios, apuntaba al tiempo discreto, cuando señala la relación de precisión inversa entre la determinación del valor de la energía y la coordenada temporal. Los experimentos en la aceleración de partículas abren nuevos horizontes.

Pero, en todo caso, el tiempo histórico tendrá unas características y dimensiones específicas, en relación con la mentalidad dominante en cada momento. Una construcción lógica y emocional que forma parte sustantiva de lo que llamamos contexto. Tal vez por eso pueda superarse la paradoja que encierra la afirmación que Ankersmit exponía hace más de veinte años “Rodeados por un mundo que funciona según los principios de la teoría cuántica, vivimos en mundos mentales que operan según los principios de Newton”. (F. Ankersmit, *History and Topology*, 1994). El componente ideal confiere a cada momento su propia característica en gran medida. El *Zeitgeist* evalúa los acontecimientos por encima de su dimensión material e incluso de su dinamicidad.

Hubo un tiempo en que el ritmo, especialmente repetitivo, lo marcaba la naturaleza y los fastos con ella relacionados, sobre todo a través de los relojes de sol. La iglesia, con sus campanas como instrumento, señaló también el devenir de los acontecimientos durante siglos. Pero con la centralidad del mercado el tiempo pasó a ser asunto del cronómetro y, finalmente, desde la I Guerra Mundial, quedó indicado por el reloj de pulsera, en una evidente obsesión por saber el tiempo.

Así en esos mismos estadios hemos pasado de “tener todo el tiempo del mundo”, al “tiempo al tiempo” y al “tiempo esclavizador” (A. e I. de Miguel, *La percepción de los españoles sobre el tiempo*, 2014). El mismo factor de la percepción determina que, en cada etapa histórica, varíe el atractivo y la importancia concedida al pasado, al presente y al futuro. El escapismo promovido por el desacomodo ante un presente desagradable impulsa, en principio, hacia cualquiera de los otros dos, aunque no con el mismo afán. Si buscamos una rápida salida y culpamos al pasado de los “males” actuales, la inclinación hacia el porvenir se verá, seguramente, reforzada y, a la viceversa, cuando el temor a lo ignoto supera el recelo del pasado intentaremos refugiarnos en lo anterior.

Lo peor sucedería cuando el presente nos desasosiegue, el pasado nos resulte indiferente o culpable, como la ciudad del romance del Duero, y el futuro no despierte esperanza. Acaso eso sea la crisis. La posibilidad alternativa se daría si la sensación placentera del tiempo en que nos encontramos invita a instalarnos en él y a su máxima prolongación. Aunque esta última situación pudiera tratar de imponerse por algunos regímenes que pretendieron mantenerse asentando su inmovilismo en un tiempo detenido. Los sistemas hipertradicionales trataron de instalarse en la “atemporalidad”. Por ejemplo, la Rusia de los zares solo introdujo el calendario juliano en 1699, pero los absolutismos y totalitarismos intentaron siempre controlar el tiempo, imponer su propio tiempo, para detenerlo. Este fue el caso del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que, en su V Congreso celebrado en 1929, exigió acelerar el tiempo.

Sea como fuere, en el ámbito de las ciencias humanas, el fracaso del determinismo de la lógica universal, había acarreado la quiebra de los procesos lineales, y con ello la ruptura del tiempo lineal. Pero del tiempo nuevo, relativo y discontinuo pasábamos, ya a mediados del XX, a su negación. Innis denunciaba, por entonces, que “la mente de moda es la que niega el tiempo” (H. Innis, *Changing concepts of time*, 1952). Últimamente, desde un ángulo distinto, otros hablan, ahora, del tiempo suspendido, en el que se mata el tiempo (G. Lipovetsky, *La estetización del mundo. Vivir en la época del capitalismo artístico*, 2015).

Los nuevos medios de comunicación han sobredimensionado las contradicciones y las paradojas. El mundo es más grande y más pequeño, simultáneamente; a la par que el tiempo es más rápido y más lento a la vez. La tecnología de la información transforma el tiempo y el espacio y con ello la historia, pues los regímenes de relación espacio/tiempo son definitorios de las distintas épocas históricas. Así, mientras el tiempo de la modernidad tendía al desarraigo, a la centralización y a la universalización. El supuesto tiempo de la postmodernidad, más allá de su discurso “locacional” y “descentralizado” se ve amenazado por de la globalización. En cualquier caso la presentización constante, como atemporalidad, y el espacio único que acabarían con la historia chocan con la realidad.

Como apunta Castells (M. Castells, *La era de la información*, 1996), curiosamente, ese pasado que se pretende obviar, considerándole inoperativo, marca las diferencias nacionales en el presente modelo del capitalismo avanzado, asentado en el “informacionalismo”. A pesar de los impulsos globalizadores de la economía y las tendencias homogeneizadoras de las formas sociales, se mantienen evidentes distinciones de índole cultural e institucional; es decir, radicalmente históricas. Japón, España, India, China, Brasil, Rusia, Irán; por citar unos cuantos ejemplos, no se identificarán uniformemente, aunque sus estructuras generadoras de conocimiento,

de poder, de productividad, de comunicación, etc. estén afectadas por redes globales que responden a una lógica compartida.

Así pues, a pesar de todo, la historia se resiste también en este apartado. La identidad, el reconocimiento específico, continúa siendo el principio de actuación y el objetivo último de los comportamientos en las sociedades de nuestros días; más allá de la uniformidad informacional. Ahí la preminencia del nacionalismo cultural, según se enunciaba repetidamente hace ya más de dos décadas, (Yoshino, K., *Cultural Nationalism in Contemporary Japan*, 1992; Calhoun, C., *Social Theory and the Politics of Identity*, 1994). Por su parte Touraine afirmaba que, en la sociedad postindustrial, la defensa del sujeto, en su personalidad y su cultura, contra la lógica de los aparatos y de los mercados, se había convertido en el factor central, sustituyendo a la lucha de clases (Touraine, A., *La société postindustrielle*, 1972). La fundamentación dialéctica en un mundo de globalización y fragmentación simultáneas, vendría a ser la búsqueda de la conjugación de la memoria colectiva, yo diría de la historia, con las nuevas tecnologías; la pasión y la razón, (Calderón, F. y Laserna, R., *Paradojas de la Modernidad*, 1994). Aunque si bien se mira éste, no sería el desafío exclusivo de la postmodernidad, sino de la propia modernidad.

4. El fin del guión

El tercer campo de batalla en el que la historia se ve combatida es el del discurso histórico. La historiografía, en cuanto representación, pasaría en clave del relativismo postmodernista a convertirse en un relato más porque “ninguna representación es (sería) superior a otra pues todas dependen de la posición del observador”. De ahí el principio de incredulidad en las metanarrativas (J. F. Lyotard, *La condition postmoderne*, 1979). La historia habría terminado, en este sentido, como discurso epistemológico, reducida a una más de las expresiones ideológicas.

Sin actor, escenario y guión ¿se acabó la representación?

5. La reacción de los historiadores

Ante los nuevos paradigmas (es llamativa la frecuencia con la que se emplea ahora este término) los historiadores han/hemos realizado notables esfuerzos por mantener un área de conocimiento propia. Sin embargo, los resultados en algunos aspectos no han sido suficientemente positivos. Por ejemplo, no hemos logrado la necesaria renovación teórica. Ni siquiera adaptándonos al devenir de otras ciencias con este mismo objetivo. Y eso que un saber “débil”, dictado por el componente azaroso, derivado de la libertad, sobre el que se asienta la historia, tendría ahora más fácil justificación que en épocas de lógicas fuertes. En ese empeño por acotar un espacio propio se inscriben las variaciones sobre el objeto de estudio, de la macrohistoria a la microhistoria; la búsqueda de nuevos géneros y la recuperación de algunos un tanto subvalorados ... etc. Además, se ha intentado alcanzar una mayor presencia social y llegar a un mayor número de lectores, procurando una “alta divulgación” de la historia. Una herramienta que, en otros lugares, particularmente en el mundo anglosajón, goza de notable éxito. Pero, entre nosotros, ha obtenido resultados menos favorables y, asimismo, ha facilitado una vulgarización de la historia.

La banalización del relato histórico ha dado pie a la proliferación de “historiadores” sin la menor preparación en ninguno de los requisitos que venían exigiéndose al historiador: conocimientos teóricos, metodológicos y prácticos, específicos del oficio de historiar. En la actualidad cualquiera se encuentra legitimado para escribir un texto que considera historiográfico porque cualquier escrito sobre el pasado tendría el mismo valor que los demás.

Pero por encima y tal vez en relación con estas carencias los historiadores, por diversos motivos, hemos cometido dos errores que conviene tener en cuenta. Hemos coqueteado con la “virtualidad” y la “contrafactualidad” que niegan el referente básico de la historia. Los ejercicios ensayísticos tienen su propio campo y pueden contemplar la opciones posibles (al menos, algunas que se ofrecían en cualquier momento pasado) pero la historia es la posibilidad que se concretó en su circunstancia, guste más o menos. No nos sumemos a quienes pretenden liquidar la historia desde la negación de cualquier realidad, equiparando ésta, con el resto de las hipótesis que se nos ocurran (el “y sí” repetido y fonéticamente “isis” puede acabar para la historia en Daes).

La otra alternativa desaconsejable, sin entrar en debate alguno, que poco necesitaría de ejercicio intelectual y acabaría en palenque ideológico, ha sido la promoción de la “memoria histórica” como una especie de ariete contra la historia.

6. A los que se jubilan “eméritamente”

Más allá de acuerdos y desacuerdos sobre las breves reflexiones que he ido apuntando, y lejos de cualquier profecía apocalíptica, pero ante la situación actual, por la que atraviesa la historia, es una buena noticia que continuéis durante otros cuantos años en los esfuerzos en defensa del conocimiento del pasado. De lo contrario, a nuestros alumnos, después de pasar por las aulas de la Facultad, cuando alguien les formulase, no ya las consabidas preguntas sobre ¿para qué sirve la historia?, sino simplemente ¿qué es la historia?, podría sucederles lo mismo que ocurría en la anécdota de D. Foster Wallace: “cierto día, un pez preguntó a los otros, ¿qué tal está hoy el agua?’ a lo que el más ignorante de éstos respondió ‘¿qué demonios es el agua?’”.

En cualquier caso espero que ese “cronotopo umbral”, en que nos hallamos, os resulte menos dramático que el que Dostoievski bordaba en sus obras, según Bajtin (M.M. Bajtin, *Las formas de tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos de poética histórica*, 1989) y que, tras la “emeritez” (al concluir la etapa puente entre dos orillas de la jubilación), el regreso a la jubilación sea jubiloso.